

Low ANDREAS-SALOMÉ

TRADUCCIÓN · MICAELA VAN MUYLEM

Des abonnements d'essai peuvent être pris pour 3 et 6 mois.

54 Rue Jacob
PARIS

DE LA VILLE



Fenitschka

Un
DESVÍO

EDITORA

las furias

un voile de soie blancivoire...
est ouverte sur une quille
elours noir ; broderie pt
re en perles de cristal ; em-
ment en fine dentelle.
u en paille de riz blanc.
i de roses moussues.

LOU ANDREAS-SALOMÉ

Escritora y psicoanalista rusa, nació en San Petersburgo en 1861. A los 17 años comenzó sus estudios de teología, filosofía, religión y literatura. Luego viajó a Zurich para asistir a la universidad; Suiza era el único país de habla germana donde las mujeres podían cursar una carrera universitaria. En 1885 publicó su primer libro: *En la lucha por Dios*, con el seudónimo de Henry Lou. Su obra incluye poesía, quince novelas, una autobiografía —*Mirada retrospectiva*, publicada de forma póstuma en 1951— y diversos ensayos, entre ellos *Personajes femeninos de Henrik Ibsen* (1892), *Friedrich Nietzsche en sus obras* (1894) y *Rainer Maria Rilke* (1928). Como psicoanalista, participó del Círculo de Psicoanalistas de Viena, ejerció su

práctica en Alemania y escribió numerosos artículos sobre el narcisismo y la sexualidad femenina, destacándose *El erotismo* (1910). Murió en Gotinga, Alemania, en 1937. Al poco tiempo, la Gestapo confiscó y quemó su biblioteca.



FENITSCHKA



UN DESVÍO



Las furias

Andreas-Salomé, Lou

Fenitschka. Un desvío / Lou Andreas-Salomé; editado por
María Magdalena; Nicolás Cerruti. - 2ª edición. Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: Las Furias, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de Micaela van Muylem.

ISBN 978-987-47774-9-2

1. Narrativa Rusa. 2. Literatura. 3. Novelas Biográficas. I.
María Magdalena, ed. II. Nicolás Cerruti, ed. III. Micaela van
Muylem, trad. IV. Título.

CDD 891.73



Primera edición en español: Editorial Icaria, 1982.



The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.
La traducción de esta obra fue apoyada con una subvención del Goethe-Institut.

EDICIÓN María Magdalena / Nicolás Cerruti

DISEÑO Romina Luppino



lasfurias.com.ar

ISBN 978-987-47774-9-2

Conversión a formato digital: Libresque

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de los editores. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

FENITSCHKA



UN DESVÍO

LOU ANDREAS-SALOMÉ

TRADUCCIÓN · MICAELA VAN MUYLEM



Las furias

Índice

Cubierta

Sobre la autora

Portadilla

Créditos

Portada

Fenitschka

Un desvío

Acerca de este libro

Las Furias editora

FENITSCHKA

Era septiembre, la época más tranquila de la vida parisina. El mundo elegante estaba veraneando en la costa, el tórrido calor ahuyentaba incluso a las grandes masas de extranjeros. Sin embargo, en las pesadas noches se reunía una muchedumbre tan grande en los bulevares que podrían competir con la temporada alta de cualquier otra ciudad.

Max Werner estaba paseando por el Boulevard St. Michel ya pasada la medianoche, cuando se encontró con un pequeño grupo de conocidos. Habían asistido al teatro con amigos que estaban de paso y ahora querían mostrarles a las damas y los caballeros algo de «la noche parisina», más precisamente, algún característico café nocturno del Quartier Latin, y luego, al alba, cuando la ciudad durmiese, observar el interesante trajín en las Halles a la hora en que la plaza aún desolada empezaba a cobrar vida a medida que llegaban los mercaderes del campo e iban acomodando sus productos.

Tras algunas dudas y vacilaciones por parte de las damas decidieron ir al Café Darcourt, que a esta hora ya estaba repleto de *grisettes*¹ y estudiantes del *quartier*, y ocuparon varias mesitas de mármol sobre la vereda, en medio de los transeúntes, junto a unos grandes ventanales abiertos y muy iluminados.

Max Werner terminó sentado junto a una joven rusa, era la primera vez que la veía, y no logró oír su largo nombre cuando los presentaron, pero los demás la llamaban simplemente «Fenia» o «Fenitschka». Su sencillo vestido negro, que le otorgaba un aire de monja, cubría su figura de mediana estatura, nada llamativa, de manera casi cómicamente impropia en París; al parecer era una vestimenta muy popular entre las estudiantes de Zúrich. La muchacha no le causó ninguna impresión en particular. Sin embargo, la observó de cerca porque en el fondo todas las mujeres le despertaban cierto interés, si no como hombre, como ser humano; se había doctorado un año atrás y ansiaba ahora aprender en el mundo real la psicología práctica antes de enseñarla desde una cátedra, algo que por el momento no le parecía un futuro demasiado atractivo.

De Fenia sólo le llamaron la atención los lúcidos ojos marrones, que observaban con una particular franqueza y claridad cada objeto, y a cada persona como un objeto, y los rasgos eslavos de ese rostro con la nariz corta: una de las narices preferidas de Max Werner, puesto que dejaban suficiente lugar para un beso, algo que una nariz ciertamente debe de hacer.

Sin embargo, ese rostro pálido por el trabajo, marcado por la disciplina intelectual, no invitaba de ninguna manera a ser besado.

Al comienzo apenas intercambiaron palabra ya que, en el interior del local, del otro lado de la ventana junto a la que

estaban sentados, se desarrolló una escena que despertó la atención de todos los presentes. En una mesa, dos parejitas comenzaron a charlar entre bromas y chistes y acabaron en una terrible discusión.

Una de las dos muchachas, menos bella y ya algo marchita que, sin embargo, poseía un rostro de un indestructible encanto parisino, finalmente fue colmada con una catarata de horribles insultos por parte de la otra pareja, sin que su acompañante la defendiera en lo más mínimo. Al contrario, a cada nuevo ataque este se sumó con gritos a las brutales carcajadas de los otros dos, y las risas pronto se extendieron a las mesas contiguas; junto a acalorados hombres ya algo ebrios, las coquetas compañeras del ser maltratado celebraban con malicia a la competidora.

A través del aire pesado y sofocante del local, lleno de humo de tabaco y el vaho de las personas, el gas de las lámparas y las bebidas, resonaron fuerte las voces hasta la mesa de afuera, donde se habían callado todos. En los rostros de las damas se dibujó una clara compasión, pero también asco, rabia y cierta inquietud por presenciar semejante escena; una de ellas se ajustó temerosa el velo que le cubría el rostro. Nadie estaba tan conmovido por lo que veía como Fenia.

Desde el comienzo había mirado a su alrededor con un interés objetivo, observando con gran serenidad todo detalle que le llamaba la atención. Sin embargo, ahora la había invadido una simpatía tan intensa que al final -

evidentemente sin pensarlo, incapaz de permanecer pasiva- se puso despacio de pie y extendió una mano en dirección a quienes ocasionaban el alboroto, como si tuviera que intervenir o acallarlos. En ese mismo instante fue consciente de su gesto espontáneo, se contuvo y se ruborizó mucho, lo cual le otorgó un aspecto tierno e infantil, y un tanto desamparado.

Estando de pie, su mirada se encontró con la de la *grisette* que, en su desconcierto y abandono, había comenzado a llorar; grandes lágrimas le corrían por las mejillas maquilladas y acaloradas, y le temblaban los labios. Bajo la prolongada, singular mirada que intercambió con Fenia, la expresión llorosa se transformó; en los ojos de Fenia pareció sentir una ayuda, una caricia, un consuelo, algo que suspendió la soledad de esa criatura pisoteada. Desde la mesa se vio con claridad el cambio de ánimo en sus facciones, dado que estaba sentada de frente a la ventana. Agradecimiento, sorpresa, reflexión y una sordera momentánea ante todo ese entorno ruidoso y las injurias le secaron las lágrimas, y casi no prestó atención cuando la pareja a su lado se dispuso a irse, y tampoco cuando su acompañante tomó la raída galera del gancho en la pared.

El hombre le dio un torpe empujón con el codo y le pidió que se apurara.

Ella sacudió la cabeza y respondió unas palabras en argot parisino, que afuera no se alcanzaron a entender, pero que estuvieron acompañadas de un evidente gesto de desprecio y rechazo. Él reaccionó con una expresión de sorpresa, que

provocó nuevas carcajadas. Sin embargo, las risas esta vez estaban dirigidas a él, al rechazado, que abandonó furioso el local.

La muchacha tomó su gastado abrigo de seda del respaldo de la silla, se lo echó sobre los hombros y dirigió una mirada enorgullecida y luminosa a Fenia, que se había quedado inmóvil; una figura extrañamente seria y conmovida en medio de las damas cubiertas con sus velos y las damiselas con sus vestidos llamativos y sus risas.

Un instante después, su protegida salió por la puerta y pasó junto a la mesa. De repente ocurrió algo completamente inesperado: la muchacha se detuvo ante Fenia, y entreabrió los labios para hablarle y, en un impulso de tal naturalidad que tenía un encanto irresistible, le extendió ambas manos.

Fenia las tomó y las estrechó resuelta. Estuvieron así unos instantes sonriéndose como hermanas, mientras todos los que estaban sentados a su alrededor las miraban con sorpresa, intrigados y divertidos. Luego la muchacha se alejó con una inclinación de la cabeza dirigida a los demás y desapareció en la muchedumbre.

El grupo se rio de la pequeña escena, se divirtieron a costa del «éxito» que había tenido Fenia y le hicieron no pocas bromas. Ella, por su parte, siguió callada.

Una de las damas interpretó erróneamente su expresión seria y comentó:

-Sí, *chérie*, ¡qué amistad tan indeseable e incómoda! Esa mujer le podría llegar a traer problemas si se la encuentra